La taza chica

Paula había comprado una taza grande para dejar de levantarse a cada rato. A la tercera mañana se sorprendió tomando el último trago frío frente a la computadora. En el escritorio quedó un círculo húmedo casi tan ancho como el platito.

Al día siguiente sacó una taza chica, con una flor azul. Había sido de su tía. La llenó en la cocina y se quedó mirando cómo flotaba una hojita que se había escapado del colador.

Sonó una notificación desde el otro cuarto. Paula tomó un sorbo y dejó la taza sobre la mesa. En la vereda, el florista acomodaba los baldes. Hacía semanas que abría antes de que ella se levantara. Era la primera vez que lo veía al cambiarles el agua.

La notificación volvió a sonar. Paula tenía todavía media taza.